

evolución de la «vida religiosa»

El entrecorillado con que aparece «vida religiosa» en el título, tiene una misión importante. Pretende desde el principio poner cierto límite a la posible ambigüedad de la expresión, advirtiendo que la consideramos sólo como término consagrado históricamente para designar el modo especial de vida escogido por algunos cristianos para entregarse totalmente a Dios, bajo determinadas circunstancias, y enmarcados de modo estable en una institución llamada también religiosa o de perfección.

Hubiera sido conveniente que tal forma de vida, al igual que los cristianos que la practican, hubiesen dado lugar a un nuevo vocablo que los definiese adecuada y exclusivamente. Por desgracia no ha sido así y, en consecuencia la ambigüedad está ahí, desde sus comienzos hasta nuestros días.

Efectivamente, el adjetivo «religioso», en general, califica al hombre que practica la virtud de la religión y, más en concreto, al que acepta a Dios por la fe y procura conformar con esa fe su propia vida. Según que la virtud de la religión alcance mayor o menor intensidad, cada individuo religioso lo será en mayor o menor grado, pero las diferencias serán siempre cuantitativas y, por tanto, no suficientes para definir diferentes estados de perfección.

Lo mismo ocurre si hablamos de vida religiosa. Cuando con estas palabras se quiere definir el modo de vida común a esos «estados de perfección» o instituciones religiosas que han ido surgiendo en la historia de la iglesia (basilianos, benedictinos, franciscanos, jesuitas, salesianos, etc.), se dice, por ejemplo, que «su aspecto esencial es la libre oferta de sí al Señor, el compromiso de dedicarse enteramente a su gloria en la imitación fiel de Jesucristo»¹, definición perfectamente aplicable a todo cristiano consciente

(1) E. ANCILLI, *Dizionario enciclopédico di spiritualità* (Roma 1975) 1586.

de lo que supone su vocación al cristianismo y dispuesto a ser consecuente con ella.

Prescindamos, por tanto, de definiciones. Las dificultades que éstas presentan en el caso que nos ocupa son muy significativas y nos podrían conducir a consideraciones teóricas de mucha actualidad, pero alejadas del tema fundamentalmente histórico que es la materia de este artículo.

Se trata ahora solamente de describir a grandes rasgos los principales pasos y sus características, no de cada uno de los institutos, órdenes o congregaciones religiosas, sino de la evolución general, en su conjunto, de la misma concepción de «vida consagrada a Dios» y las maneras concretas de realizarla.

Monacato

Si resulta difícil decidirse por una clara definición de la «vida religiosa», en el sentido general que aquí pretendemos darle, no es tampoco nada fácil hablar de cuál fue su origen y cuáles exactamente sus primeras manifestaciones. Lo que sí está fuera de discusión es que, para poder comprender los primeros pasos del gran movimiento monacal, hay que tener en cuenta dos factores previos: los precedentes de vida ascética que ya existían en el cristianismo antes de que se pueda hablar de la existencia de monjes propiamente dichos, y el ambiente general, dentro del cual brotan esas primeras manifestaciones.

En la iglesia primitiva existió desde muy pronto la práctica de la ascesis. San Pablo recomienda la virginidad y en seguida se advierte el crecimiento numérico de vírgenes y continentes y el creciente aprecio de que son objeto en la comunidad. En ciertas comunidades se aprecia un cierto rigorismo moral, que comporta la abstinencia de bienes materiales, sobre todo del acto sexual y la abstinencia, por ejemplo, del vino y de la carne. Las persecuciones llegan a crear un clima de tensión heroico, de necesaria disposición a una renuncia tan radical como puede ser la renuncia a la propia vida. Cuando se acaban las persecuciones, parece como si algunos echasen de menos ese clima de tensión y buscasen suplirlo con una especie de martirio lento, de renunciadas más o menos radicales a «este mundo».

El monacato propiamente empieza cuando algunos fieles no creen suficientes las prácticas ascéticas en medio de la comunidad y mezclados con ella. Se separan, se apartan para vivir exclusivamente dedicados a la oración y a la ascética. De esa manera los primeros monjes creen responder con plena gene-

rosidad a la invitación de Cristo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos y ven, y sígueme»².

El motivo principal que mueve a los monjes a su renuncia ascética debió de ser generalmente hablando el que acabamos de indicar: la invitación de Jesús a venderlo todo, a desprenderse de todo. Otro problema será el saber por qué a la siguiente invitación: «ven y sígueme», se responde aislándose del contacto con los hombres o adentrándose en el desierto. Este segundo paso no se deduce tan obviamente de las palabras de Cristo y aquí es donde hay que contar con el ambiente y la ideología de la época.

En primer lugar, habrá de tenerse en cuenta la existencia de prácticas semejantes al monacato en religiones no cristianas y en tiempos anteriores y contemporáneos al nacimiento del cristianismo. «Monjes» en sentido más o menos unívoco, existían en Egipto, entre los fieles de Serapis; en la India, en el brahmanismo y en el budismo; también en el mundo judío y, en cierto modo, hasta entre los filósofos griegos. La tendencia al retiro, a la contemplación y a la renuncia de los bienes materiales existía ya con total independencia del mensaje evangélico.

Por lo que se refiere al mismo ambiente cristiano, diversas circunstancias habían contribuido a fomentar ideas que propiciaban la huida de «este mundo». En el Nuevo Testamento bien claro está que el Reino de Dios no es de este mundo, lo que, en la concepción dinámica y temporal de la historia, que es propia del pensamiento judío, quiere decir que el Reino de Dios no es de este orden de cosas, sino que es propio de otro orden que habrá de llegar plenamente al fin de los tiempos. Traducido a la lengua y al pensamiento helenístico —concepto estático y espacial de la historia— «mi Reino no es de este mundo» se interpreta diversamente. Se piensa que hay dos mundos, dos espacios: éste nuestro visible y material y otro celestial, invisible, que es el del Reino de Dios. Consecuencia: nuestro mundo visible no es el del Reino, no cuenta para el que quiere consagrarse a Dios. Vivimos en él, pero debemos vivir como si no estuviésemos en este mundo; tenemos cuerpo material, pero debemos comportarnos como si no lo tuviésemos; somos hombres, pero nuestra actitud debe ser la de un ángel.

En el ambiente flotaban filosofías platónicas que reafirmaban esta actitud. La verdadera realidad está más allá de este mundo; en el mundo de las ideas. Lo visible es una mera apariencia, un reflejo de la auténtica realidad.

En la Escuela de Alejandría, Clemente primero y sobre todo, después, Orígenes, gnósticos cristianos, consecuentes con su gnosticismo, insistían cada vez más en el desprecio de lo material. El alma ha caído en el cuerpo degradándose

(2) Mt 19, 21.

y quedando como aprisionada en él. El cuerpo es nuestro gran enemigo. Orígenes aconseja la máxima abstención posible: celibato, separación de bienes y de parientes, de cargos y actividades civiles, y entrega a la oración, a la lectura de la Biblia, etc.

Por si todo esto fuera poco, se añadía la continua expectación de la segunda venida de Cristo. Jesús era el Mesías y estaba profetizado que el Mesías habría de implantar el Reino de Dios –justicia, igualdad, paz y reconocimiento universal de la soberanía divina–. Si no lo había implantado ya en su vida mortal habría de hacerlo enseguida, en su segunda venida gloriosa inminente. ¿Qué interés podía ofrecer al verdadero cristiano un mundo que no es el del Reino de Dios, que es todo material y vano y pura apariencia, y que, por añadidura, iba a perecer de un momento a otro para dar paso al que inauguraría Cristo en su inminente Parusía?

El monacato apareció simultáneamente en diversas regiones del mundo cristiano. El movimiento monacal más extenso y de mayor influencia fue, sin duda, el egipcio, que cobró importancia al menos desde mediados del siglo IV y tuvo su máximo esplendor en ese mismo siglo y en el siguiente.

Los anacoretas egipcios se adentran por los desiertos en busca de una celda donde llorar los pecados y dedicarse a la oración y al trabajo, aislándose totalmente de todo compromiso temporal. Los cenobitas se agrupan dentro de los recintos amurallados para formar colonias en las que una racionalización del trabajo les permita mayor tranquilidad, al mismo tiempo que comparten en pequeños grupos habitación, oraciones y ocupaciones.

San Basilio Magno es el gran organizador del cenobitismo para todo el Oriente, aportándole su culta espiritualidad y su sano equilibrio humano. Hasta nuestros mismos días los monjes de Oriente se nutren de sus enseñanzas y se reconocen seguidores de su doctrina espiritual.

La gran personalidad del monacato de Occidente es San Benito, el gran legislador del monacato occidental, espíritu práctico y discreto, profundo sentido religioso, exquisito pedagogo lleno de serenidad espiritual, que logra transmitir a sus discípulos.

Los Mendicantes

En los siglos XII y XIII tienen lugar grandes transformaciones en la sociedad del Occidente europeo cristiano. La unidad total del «agustinismo político» se había resquebrajado a partir del movimiento reformatorio impulsado por Gregorio VII. Durante aquella primera época la concepción espiritual dominante concebía

a Cristo sobre todo como el gran Emperador del «pueblo de Dios» que era el Imperio cristiano de Occidente. La devoción era comunitaria, devoción de vasallos a su Rey, manifestada en una piedad litúrgica. Los movimientos de reforma y las expediciones de las Cruzadas habían conmovido al pueblo, le había hecho tomar parte más activa y personal en la historia de la iglesia. La devoción se va haciendo desde entonces más subjetiva. La imagen majestuosa de Cristo Emperador va cediendo paso a la imagen humana del crucificado. La piedad también va siendo más subjetiva; las relaciones con Cristo son más personales que de vasallos, interesa cada vez más su humanidad, su amistad. A todo ello contribuye el nacimiento de una nueva actitud crítica, de un nuevo método filosófico, la escolástica. Los cambios sociales y económicos son también notables. A la estructura feudal y eminentemente agraria de la Alta Edad Media sigue ahora un resurgir de las ciudades, con su economía monetaria, y en las que brota una nueva clase social, la burguesía.

En los siglos XI y XII la iglesia se siente perturbada por movimientos populares «contestatarios», de tendencia fuertemente crítica contra la jerarquía; movimientos que son la consecuencia de esta nueva actitud. Se busca una vuelta al evangelio, se pretende imitar en su pobreza a Cristo pobre, se quiere que la devoción sea algo más cercano al pueblo fiel y menos oficio público del clero³. En muchos de estos movimientos se dan desviaciones heterodoxas. Pero hay hombres geniales que encauzan las nuevas tendencias y las incorporan a la vida de la iglesia. Dos santos son especialmente beneméritos en este particular. Santo Domingo y San Francisco de Asís.

Nacen así en el siglo XIII las órdenes mendicantes que responden al nuevo espíritu de la época. Los frailes mendicantes no son ya monjes dedicados al culto y a la oración, establecidos en un monasterio ni encuadrados en una sociedad feudal y agraria. La nueva forma de vida religiosa responde a la nueva cultura ciudadana, al nuevo espíritu de imitación y seguimiento de Cristo en su vida de pobreza y de predicación. El nuevo vigor de las ciudades permite con su economía monetaria sustentarse con la limosna, sin necesidad de cultivar los propios campos, con lo que la pobreza de los nuevos religiosos no es ya sólo personal, sino también comunitaria.

El éxito y la expansión de las órdenes mendicantes (dominicos, franciscanos, carmelitas, mercedarios, agustinos) fue notable. Se convierten pronto en los grandes fautores de las misiones entre infieles, los grandes predicadores populares, los propagadores y conformadores de la nueva piedad.

(3) Véase sobre estos movimientos el artículo de J. A. ESTRADA en *Proyección* 112, enero-marzo 1979, p. 15-25.

En la «vida religiosa» no existe ya el monopolio del monacato. Junto a él existe esta nueva forma de consagración menos alejada del mundo, más en contacto con los hombres, más comprometida con la historia.

Los «clérigos regulares»

En los siglos XV y XVI tienen lugar dos grandes acontecimientos llenos de repercusiones en el desarrollo del cristianismo europeo-occidental: el Renacimiento y la Reforma protestante.

Si a la espiritualidad de la Alta Edad Media (agustinismo político) correspondían plenamente los monasterios, y a la de la Baja (época de la «Cristiandad») la de las órdenes mendicantes («caballeros a lo divino»), a partir del quiebre de la «res publica christiana» tenía que brotar necesariamente una nueva concepción de la actitud del cristiano con respecto a una sociedad que ya no pretendía ser la realización definitiva del Reino de Dios. En la iglesia se siente ahora mayor conciencia de su misión de penetración, de conquista; en cierto modo de reconquista; y, para ello, de reforma.

La reforma católica, tan espoleada por la protestante, era necesaria, sobre todo, en el clero. De esta urgencia, de la necesidad de una reforma en el clero, nace una nueva concepción de «vida religiosa». No se trata de retirarse del mundo para dedicarse a la adoración de Dios, a la oración y a la penitencia. Tampoco se orientan a la contemplación y a la praxis que tienen como fin primero la imitación de Cristo en su pobreza. Para los nuevos «religiosos», la oración no es un fin, sino un medio. El fin primordial es el servicio de la iglesia. Se pretende ante todo la revitalización del clero, no apartándolo o apartándose del mundo y convirtiéndose en monjes o en frailes, sino reformando sus vidas y haciéndose aptos instrumentos para la consolidación de la iglesia católica, defensa contra las herejías, formación cristiana de la juventud, propagación del evangelio, cura pastoral de los fieles, atención a los enfermos, etc.

Los clérigos regulares suponen un paso más hacia la plena inserción del «religioso» en las actividades de la humanidad. El «ven y sígueme» de Cristo, que el anacoreta entendía como invitación al desierto y al abandono del mundo, que el monje del medievo vivía recluido en un monasterio, dedicado principalmente al culto litúrgico y el mendicante consideraba que consistía principalmente en la imitación de Cristo con una vida de pobreza, es para el clérigo regular una consigna que abarca un amplio abanico de actividades en medio de los hombres, aunque requiera como medio para que sea eficaz sobrenaturalmente una práctica casi monástica de oración, de austeridad y de pobreza.

A la abundancia de actividades posibles corresponde una múltiple variedad de órdenes y de congregaciones religiosas. El siglo XVI está jalonado de fundaciones de órdenes de «clérigos regulares»: teatinos, somascos, barnabitas, jesuitas, clérigos de la Madre de Dios, camilianos, escolapios; y más tarde, oratorianos, pasionistas, redentoristas, oblatos, maristas, salesianos, misioneros de los Sagrados Corazones, etc.

Los institutos seculares

A partir, sobre todo, de la Revolución Francesa, la iglesia ha de enfrentarse con el hecho consumado de la secularización de la sociedad europea occidental. El cristianismo no puede aspirar ya a ser un elemento constitutivo de una cultura y una sociedad que se manifiesta cada vez más pluralista. Se han deslindado los campos propios del Estado y de la Iglesia.

La secularización de la sociedad occidental requiere un nuevo modo de presencia en su seno del cristiano comprometido. No en vano la nueva forma de consagración no quiere que se la considere como «vida religiosa» y se la conoce con el nombre genérico de «institutos *seculares*».

En la base de la nueva concepción está la idea del compromiso temporal pleno de los cristianos que quieren asociarse para intensificar su vida espiritual, sin separarse de los quehaceres normales de la vida cotidiana de cualquier miembro de la sociedad. El miembro de un instituto secular ha de consagrar toda su vida a la práctica de los «consejos evangélicos» y del apostolado. Pero el concepto de este último es más amplio, puesto que se incluye en él no sólo el apostolado directamente espiritual, sino también la misma acción humana.

Algunas reflexiones

Aunque en toda síntesis rápida hay mucho de simplificación y, como consecuencia, de imprecisión e inexactitud, en líneas generales la síntesis es válida y en consecuencia podemos concluir que en el proceso evolutivo de la «vida religiosa» ha habido un florecimiento progresivo y diversificador de formas y maneras de concebirla y vivirla. Es un proceso que parte de la existencia de una concepción única, el monacato (aunque en gran variedad de formas secundarias); que va poco a poco entreviendo nuevas posibilidades, y que tiende cada vez más a la máxima diversificación especificativa. Y todo esto no por sustitución, sino por suma, ya que las nuevas concepciones que aparecen no suponen necesariamente la desaparición de las formas anteriores.

También es obvia otra observación: la aparición progresiva de nuevas formas religiosas no es una mera acumulación de concepciones diferentes surgidas

de modo caótico y desordenado. Existe claramente un hilo conductor que elimina en el proceso toda idea de mera sucesión y lo explica con auténtico desarrollo y verdadera evolución progresiva. Se va poco a poco del máximo alejamiento de los hombres al máximo acercamiento. Mejor dicho: de admitir como única posibilidad de «vida religiosa» la total separación del mundo, a ir admitiendo cada vez más posibilidades de acercarse a él para extender el Reino de Dios e irradiar la fuerza del Evangelio a todas las actividades humanas.

El proceso no ha sido fácil. Cada vez que los nuevos pasos en la evolución de la historia hicieron comprender a algunos espíritus proféticos la necesidad de crear una nueva forma de «vida religiosa», se dió el mismo fenómeno de incomprensión que se repite siempre por parte de los que viven anclados en la pura tradición y son incapaces de entender que la vida es cambio y movimiento. Los monjes no querían admitir que los frailes mendicantes fuesen verdaderamente «religiosos». Los mendicantes no podían comprender que los «clérigos regulares» pretendiesen ser «religiosos» como ellos, siendo así que no concebían la «vida religiosa» como la habían concebido todos hasta entonces. Las congregaciones religiosas y los institutos seculares hubieron de sufrir innumerables negativas y dilaciones antes de ser encajados oficialmente en la estructura jurídica que la iglesia tenía ya rígidamente establecida para la vida consagrada a Dios. Por supuesto que los «clérigos regulares» no han sido tampoco excepción por lo que toca a incomprensión con respecto a los institutos seculares.

Sin embargo, la vida ha seguido su camino y la evolución se ha impuesto, salvando todos los obstáculos, aunque la resistencia ofrecida por las «situaciones establecidas» haya obligado siempre a cada nueva forma, para poder subsistir, a ceder un poco de su inicial originalidad, acomodándose forzosamente en parte a las formas propias de la etapa anterior. Los mendicantes terminaron por hacerse un poco monjes; los «clérigos regulares» se conventualizaron algo más de lo que sus fundadores habían pensado; los institutos seculares no lograron tampoco serlo tanto como hubiesen deseado . . .

Decíamos que en el progreso de la «vida religiosa» permanecen todas las formas principales anteriores, al mismo tiempo que van surgiendo nuevas. Esto es una verdad patente. Quizás no lo sea tanto esta otra observación, que sin embargo sí creo que es válida, al menos en términos generales. Las formas diversas permanecen, pero todas siguen una parábola de evolución, como la misma vida. Esta parábola, en cada orden, congregación o instituto, es tanto más amplia cuanto más amplios sean sus fines, cuanto menos específicos y circunstanciales. Parece claro que no puede gozar de la misma longevidad una orden nacida para defender militarmente los Santos Lugares o para rescatar los cautivos de la Berbería, que otra cuyo fin sea dedicarse a la alabanza de Dios o al servicio más urgente de la iglesia en sus múltiples necesidades.

Aun admitiendo esta diversidad en la amplitud de la parábola, será difícil admitir que exista alguna forma concreta que pueda escapar a esta ley de la evolución, que es ley inexorable de la vida misma.

Si las nuevas circunstancias que han ido surgiendo en la evolución de la humanidad, han ido exigiendo y produciendo nuevas formas de consagración, parece lógico concluir que las nuevas formas surgidas van siendo siempre más «actuales» que las anteriores. Pero con esto de la «actualidad» hay que tener cuidado, porque se presta a equívocos. No hay que confundir «actual» con lo más urgente, lo más ampliamente necesario, lo únicamente atendible. Me explico. Es claro que si una nueva forma de «vida religiosa» surge como consecuencia de unas nuevas concepciones o necesidades concretas, esa nueva forma de «vida religiosa» es en ese momento la más actual, en el sentido que atiende a concepciones y necesidades actuales, de ese momento determinado. Probablemente esas necesidades son en ese momento las más urgentes y las más ampliamente necesitadas de atención. Por eso generalmente las nuevas formas, tan bien encarnadas en su momento histórico, arraigan fuertemente, conocen pronto una gran floración de vocaciones, crecen en número e importancia en la historia de la iglesia. Pero eso no quiere decir que los fines atendidos por todas las formas anteriores necesariamente hayan dejado de ser actuales. Alguno habrá podido dejar de ser actual. Pero otros muchos no. Habrán pasado quizá a un plano más secundario, no tan urgente o no tan extendido como lo fue en tiempos anteriores. Por eso, esas órdenes pasarán también a un segundo lugar; no contarán ya con tanta afluencia de candidatos como en tiempos pasados. Pero aunque más reducidas en su acción, seguirán siendo necesarias y actuales en su campo, al menos por tiempo indefinido.

Por ejemplo: la asistencia a enfermos era actualísima, urgentísima y tenía que abarcar un extenso campo en una época en que nadie, fuera de la iglesia, se ocupaba de ellos. Cuando el Estado la acepta como una obligación ineludible, la extensión y la urgencia de la acción caritativa de los religiosos consagrados a ese menester no será ya tan absolutamente urgente como al principio. Pero desgraciadamente no se prevé que su actividad sea superflua por ahora ni por mucho tiempo en muchas regiones del mundo subdesarrollado y aun del desarrollado. Y ¿quién podrá dudar de que los religiosos dedicados a esos menesteres en esos lugares concretos, están acudiendo a una necesidad que allí es actualísima?

De las consideraciones que preceden parece que deben hacerse algunas deducciones.

Existen muchos fines en la acción benéfica de la Iglesia dentro de la humanidad, que deberán ser atendidos por tiempo indefinido, aunque en diversos grados.

Tales fines, mientras existan, requerirán una dedicación específica, que llevará consigo la necesidad de un reclutamiento de candidatos o vocaciones para aquellos grupos cristianos que se consagren a la atención de esas necesidades. Tales vocaciones no serán tan numerosas como las requeridas para necesidades más urgentes y extendidas. Pero las que el Espíritu de Dios suscite deberán considerarse tan actuales como las dirigidas a engrosar las filas de los institutos más necesarios en el momento actual.

Parece que, de ley ordinaria, las nuevas necesidades serán mejor atendidas por las nuevas formas surgidas precisamente en medio de dichas necesidades.

Las formas anteriores de «vida religiosa» prestarán mayor servicio a la iglesia atendiendo a sus fines específicos, que pretendiendo convertirse en principales protagonistas de las nuevas situaciones, aunque esto lleve consigo un progresivo pasar a un segundo plano y no les excuse en modo alguno de emprender seriamente todas aquellas sincronizaciones con los nuevos tiempos que no atenten contra su integridad esencial. De lo contrario, habrá campos de actuación que quedarán desatendidos por los que tienen experiencia y especialización para trabajar en ellos.

Si la evolución de la «vida religiosa» ha ido de la máxima separación del mundo al máximo de integración en él, parece que con los institutos seculares se ha acabado ya toda evolución posible. ¿Está ya, pues, todo dicho y hecho en este campo? No lo creo así. Pero el paso siguiente no pertenece todavía a la historia y no cabe, por tanto, en estas consideraciones.

Manuel Sotomayor